

obreras, sobre todo cuando hubo pasado el período de transición con sus dificultades de alojamientos.

El emperador mostraba la solicitud mas sincera por las clases inferiores, y si por razones políticas mas que por bondad procuró mejorar la situación material de estas clases, no hay que olvidar que era también por carácter benévolo y bondadoso. Continuamente se ocupó en proyectos que no todos llegaron a realizarse y algunos solo se realizaron muy tarde, y cuando decia *buscad, buscad*, lo hacia seguramente con mayor voluntad tratándose de mejorar la situación social de los obreros. Nada caracteriza tanto su modo de pensar como cuando reprenió á Mocquard, segun refiere el conde de Durckheim, por no haberle comunicado nada de la inauguración del primer establecimiento fundado para asilo de los ancianos en Muhlhouse. Tanto de los fondos públicos como de su propio bolsillo apoyó liberalmente todos los esfuerzos humanitarios. Ya en 1851 consignó un crédito de 600,000 francos para baños públicos, y en 1854 destinó un millón y medio de francos para habitaciones obreras, donando en 1859 para igual fin 100,000 francos á la ciudad de Lila y haciendo en diferentes épocas iguales donaciones á Amiens, Bayona, etc. En Daumesnil hizo construir en 1868 unas cuarenta casas obreras, despues de un serio estudio para acertar con el mejor modelo.

La emperatriz era una auxiliar activa de su esposo siempre que se trataba de establecimientos de beneficencia, encargándose del protectorado de muchos de ellos, asistiendo á las juntas directivas é informándose de todos los pormenores. Fundó una asociación de préstamos, de la cual era protector nominal el príncipe imperial. Esta sociedad disponía de un millón de francos y hacia préstamos á los pequeños industriales para adquirir primeras materias, renunciando en estas operaciones á todo beneficio y perdiendo en ellas muy poco. Bajo sus auspicios se creó en el arrabal de San Antonio un hospital para niños, una escuela para huérfanos de marinos, la sociedad para la salvación de náufragos (fundada en 1865), la sociedad de amparo para marinos viejos, y muchos otros establecimientos locales. Una admirable prueba de valor y de caridad dió la emperatriz con sus visitas á los hospitales del cólera en París y Amiens. Todo esto, sin embargo, no bastó al emperador, que abrigaba proyectos trascendentales en bien de las clases menesterosas, proyectos que en general tenían por base el socialismo practicado por el Estado. No le espantó la idea de que las masas obreras llegaran á acostumbrarse á ver en el Estado otra Providencia ni temió las consecuencias que semejante modo de ver podía tener en épocas desgraciadas. En 1850 habia fundado una sociedad de seguros de renta bajo la garantía del Estado, á favor de la gente poco acomodada, cuyos individuos, pagando reducidas cuotas, podian cobrar á cierta edad una renta vitalicia proporcionada segun determinada escala, que llegaba hasta 1,500 francos; pero esta caja se desarrolló para él con excesiva lentitud, porque no queria hacer el seguro obligatorio; por esto se habian impuesto hasta 1867 solo 172 millones, y cuando quiso introducir el seguro obligatorio se lo impidió la guerra de 1870. Con la ley del 11 de julio 1868 se fundaron dos cajas de seguros bajo la garantía del Estado, en una de las cuales podía dejar el imponente á sus sobrevivientes en caso de muerte hasta la suma de 3,000 francos, y la otra caja pagaba una suma fija á los imponentes heridos en su trabajo industrial ó agrícola ó en su lugar en caso de muerte á su viuda é hijos. También se fundaron cajas de auxilio con arreglo á la ley de 15 de julio 1850, que por una cuota mensual pagaban á los socios un socorro proporcional en caso de enfermedad. Al cabo de diez años funcionaban ya mas de 4,000 de estas sociedades, que contaban

con mas de medio millón de asociados, disponiendo juntas de un capital de 23 millones de francos. En el último tiempo del reinado de Napoleon tuvo preparado el plan de una sociedad cooperativa de mineros, que no llegó á realizarse. Para lograr mayor uniformidad en los precios del pan, fundó el emperador en 1854 una caja de panaderos, en la cual los socios debian imponer un céntimo por cada kilogramo de harina que gastaran cuando los precios del trigo estuviesen bajos, á fin de tener el derecho de recibir una compensación tan pronto como el precio del pan llegara al máximo legal de 50 céntimos el kilogramo. Mas meritoria fué la ley del 25 de mayo de 1864, por la cual el emperador concedió á los obreros el derecho de coalición, poniéndoles así en estado de conseguir con sus esfuerzos mancomunados mejores salarios; y si bien no faltaron aplicaciones perjudiciales ó mal entendidas de este derecho, la ley contribuyó á hacer á los trabajadores mas independientes de sus patrones y les elevó á sus propios ojos dándoles mas conciencia de su dignidad. Este fué un objeto al cual dedicó el emperador su atención en los últimos tiempos de su reinado, en cuya época (1870) declaró en el Consejo de Estado que queria abolir las libretas de los artesanos, obreros, oficiales y aprendices, los cuales estaban obligados á tenerlas hacia cincuenta años, y eran obligatorias también para los obreros de fábricas. Al abolir Napoleon esta formalidad molesta esperaba poner á los obreros en estado de elevarse en su propio concepto, disfrutando del mismo derecho que los demás ciudadanos.

Mucho le dieron qué pensar los juegos de la bolsa, que se aumentaron á medida que prosperaban los negocios. Mirés, uno de los corifeos de la especulación de bolsa, procuró justificarla exponiendo á Napoleon en setiembre de 1857 que Luis XIV habia prohibido una vez á Moliere por consejo de Colbert (1) poner en escena al capitalista como héroe de una comedia; mas este proceder no era del gusto de Napoleon. Reconoció perfectamente la importancia y necesidad de la bolsa, pero temia la especulación desenfrenada. Ya hemos hablado en otro lugar de las distinciones y alabanzas con que animó á Ponsard y á otros literatos que habian escrito contra la fiebre de los juegos de bolsa; pero él mismo lo fomentó y lo extendió mucho mas á clases numerosas, hasta entonces ajenas á este juego, al poner al alcance de los pequeños capitales los empréstitos que levantó con motivo de la guerra de Crimea; de suerte que en su reinado se aumentó el número de los poseedores de títulos de renta de 292,000 que eran en el año 1848 á 1,095,000 en el año 1867. Por supuesto, en este caso como en tantos otros le movian intenciones en extremo benévolas y honradas, porque estaba enterado de los manejos á que daba lugar la comisión de hacer los empréstitos dada á determinadas casas de comercio, y deseaba evitarlos y cortar los abusos que llevaban consigo. Otras medidas gubernativas que nada tenían de vituperable en sí mismas, fomentaron el juego de bolsa, como, por ejemplo, la de obligar al Banco de Francia á cambio de la prolongación de sus privilegios de 1855 hasta 1867, á hacer préstamos sobre acciones de ferro-carriles, cosa en que el Banco consintió con gran repugnancia. Justamente en la explotación de ferro-carriles se fundaron empresas muy engañosas. Hasta 1856 el gobierno habia concedido la construcción y explotación de 11,000 kilómetros de ferro-carriles en números redondos, importando el capital empleado en ellos 1,600 millones de francos aproximadamente representados por acciones y obligaciones, que segun el curso valian en la época de la paz de París poco mas ó menos 3,000

(1) Viel Castel, tomo IV, pág. 174.

millones. No pasó mucho tiempo sin que ocurrieran grandes desastres financieros, como el de la línea del Gran Central (de Clermont á Montauban), á cuya cabeza estaba Morny, y el de la Caja de Caminos de Hierro, cuyo único director, Mirés, fué encerrado en febrero de 1861 en Mazas, y condenado despues de una causa llena de peripecias á cinco años de cárcel. Además de las acciones de ferro-carriles se echaron los jugadores de bolsa sobre los valores de Estados extranjeros, tanto que desde 1855 á 1865 se emplearon en la Bolsa de París cerca de 10,000 millones de francos en empréstitos extranjeros y en primera línea de los Estados cuyo crédito estaba mas bajo.

Este furor del juego de bolsa amenazaba el porvenir con terribles crisis, al paso que el afán de riquezas y de intereses materiales era perniciosísimo para el estado moral de la sociedad; pero á pesar de esto el imperio adquirió cada año mas robustez y prosperidad, aunque en parte engañadora. Esta prosperidad apartaba á la nación cada día mas de la política interior, y bien pudo decir Emilio de Girardin: «El único trabajo que tenemos ahora es el de hacernos millonarios.» A medida que prevalecia semejante idea se fueron arraigando el imperio y el absolutismo imperial; mas las raíces que echaron no encontraron suelo á propósito, sino movediza arena, como podía observarse en las pequeñas conmociones de aquellos años, conmociones apenas perceptibles porque las miradas iban dirigidas á otras cosas. En el senado ocurrieron algunas discusiones vivas que no trascendieron á la publicidad. Muchos miembros de esta corporación, que antes habian formado parte de la cámara de los pares, no podian acostumbrarse á que el senado no tuviese facultades para emitir su juicio sobre la conveniencia ó inconveniencia de las leyes que se le proponian, porque solo le correspondia informar de si estaban ó no conformes con la constitución. Ocurrió al deliberar sobre la ley de Instrucción de Fortoul que uno de los cardenales la atacó vivamente en su esencia y el presidente Troplong le dejó hablar, por pura cortesía, porque semejante crítica era una extralimitación para los senadores. No obstante, el ministro exasperado por el ataque olvidó la posición falsa en que se habia colocado el orador y se defendió. Entonces Baroche restableció la situación legal negándose á tomar parte en el debate. Repitieronse casos análogos, hasta que el *Monitor* publicó en 14 de enero de 1856 un artículo muy acre invitando al senado á no salirse de sus atribuciones, pues que no tenia las prerrogativas de la antigua cámara de los pares. Drouyn de Lhuys, que á consecuencia de haber sido destituido de su cargo de ministro del Exterior estaba en la oposición, contestó á este artículo renunciando á su cargo de senador; pero la mayoría de sus colegas prefirió expresar su disgusto á la primera ocasión en otra forma. En efecto, al presentársele una ley autorizando á la ciudad de París para cobrar un impuesto sobre los coches de lujo, echó de ver el senado que aprobar la tal ley seria faltar al gran principio de la igualdad y que por esta misma razón no podía aprobarla por ser contraria á la constitución. Inmediatamente despues se pidió un senado-consulta sobre la regencia, en el caso de que el emperador muriera antes de la mayor edad de su hijo. En la discusión propuso el conde de Lavalette que en el juramento que la regente debia prestar se incluyera la obligación precisa de respetar el concordato y la libertad de cultos, y esta proposición solo fué aceptada por la insignificante mayoría de 64 votos contra 56. Esta fuerte minoría era tanto mas significativa cuanto que la enmienda en el juramento indicaba claramente la desconfianza que inspiraban las tendencias ultramontanas de la emperatriz, no obstante las reservas que no dejaron de hacer el proponente y sus amigos.

También se vió en las elecciones para diputados en junio de 1857 que la oposición se iba rehaciendo. Los republicanos estaban divididos en la cuestión de si debian abstenerse de acudir á las urnas ó no, declarándose á favor de la lucha electoral entre otros Havin, redactor del *Siecle*, y Luis Blanc, que desde Londres se manifestó en el mismo sentido, en la inteligencia de que los candidatos republicanos elegidos se negaran luego á prestar el juramento. El gobierno por su parte puso en movimiento todos sus recursos sin consideración para impedir la elección de sus adversarios, excitando á los prefectos á apoyar la reelección de los diputados adictos y á cumplir con su deber si los enemigos de la paz pública quisieran protestar en cualquier punto contra el orden existente. En su consecuencia algun prefecto prohibió en su departamento todas las asambleas electorales; otro negó el permiso para la formación de comités y otro se opuso á los anuncios y carteles en favor de candidatos opositores; en una palabra, todos los prefectos hicieron cuanto pudieron para quitar la palabra á los adversarios del gobierno. En esta situación significaba ya un éxito notable que la oposición alcanzara 570,000 votos contra los cinco millones y medio que obtuvieron los candidatos del gobierno. La oposición solo fué vencedora en París, donde triunfaron cinco de sus candidatos, y en Lyon, donde sacó vencedor un candidato. De los cinco elegidos en París, Cavaignac murió antes de la apertura de las cámaras, pero de haber vivido se habria negado, como Carnot y Goudchaux, á prestar el juramento. Ollivier y Darimon, los otros dos diputados elegidos en París, lo prestaron, lo mismo que Henou, elegido en Lyon, é igualmente Julio Favre y Ernesto Picard, que triunfaron en las segundas elecciones. Estos cinco diputados que prestaron el juramento formaron una oposición parlamentaria valiente y siempre alerta, que no dejó de inspirar gran respeto al gobierno. A fin de evitar en adelante la no aceptación del juramento por diputados contrarios al gobierno, el senado decidió en un decreto del 17 de febrero de 1858 que todos los candidatos para diputados tuvieran que jurar ocho días antes de las elecciones, so pena de que los votos que obtuvieran fuesen nulos.

El mayor cuidado de los imperialistas fué siempre lo que habia de hacerse en caso de que Napoleon muriera, ya de muerte natural, ya violenta. En el año 1855 no era satisfactoria la salud del emperador. Sufria frecuentemente dolores que le obligaban á suspender el discurso cuando hablaba, y estando sentado, necesitaba muchas veces auxilio para levantarse. El duque Ernesto de Coburgo dijo entonces que la expresión de dolor que se notaba en la cara del emperador indicaba un grave mal y que no le quedaban muchos años de vida. Para los menos pesimistas respecto de la salud del soberano, estaba siempre vivo el temor de que á cualquier instante muriese víctima de un atentado, por manera que era un deber casi ineludible fijar para un caso de desgracia el orden de sucesión; pero en este concepto se presentó la dificultad de la repugnancia que inspiraba el príncipe Napoleon á las personas que rodeaban al emperador, y la tendencia á exceptuarle de la sucesión tenia muchos partidarios. El mismo emperador habia tenido ya muchos conflictos graves con su primo, sobre todo despues que éste habia regresado de Crimea; y el conde de Durckheim, que en otoño de 1856 estaba encargado de la inspección de la oficina de telégrafos, manifiesta en sus memorias la sorpresa que le causó el tono lacónico y severo de los despachos del emperador y las contestaciones á menudo muy bruscas del príncipe. «El tono de Napoleon, dice, era como el que usó Napoleon I, cortés, frío é imperioso, al mismo tiempo que el sentido era frecuentemente muy acre.»



El emperador, sin embargo, evitó con cuidado reñir abiertamente con el príncipe, y le aseguró también en el caso de una regencia su parte en el poder. En la ley de regencia que el senado aprobó en 17 de julio de 1856, se nombró en primer lugar regente, en caso que el emperador no decidiera otra cosa, á la emperatriz, y en caso de no vivir ésta, al príncipe inmediato, es decir al ex-rey de Westfalia, y despues de la muerte de éste al príncipe Napoleon. Al mismo tiempo se dispuso la formacion de un consejo de regencia cuyos miembros debian ser nombrados por el emperador en vida, y en caso de no haberlos nombrado á su muerte, debia formarse de los dos príncipes mas inmediatos y de cinco individuos elegidos por el senado. Era indispensable la aprobacion del consejo de regencia para el casamiento del futuro emperador, para declarar la guerra y hacer la paz, para la conclusion de tratados de comercio y para la aprobacion de los senados-consultos que tuvieran por objeto la modificacion de la constitucion. A pesar de ser asunto urgente la formacion de este consejo de regencia, no lo nombró el emperador, reservándose así la posibilidad de excluir á su primo. Este era, no obstante, miembro nato del proyectado consejo; pero no nombrándole, quiso evitar evidentemente que el príncipe manifestara demasiado sus simpatías al partido republicano; y hasta despues del gravísimo peligro en el cual puso á la imperial pareja el atentado de Orsini, el 14 de enero de 1858, se limitó Napoleon á nombrar en 1.º de febrero á su esposa definitivamente regente y estableció el consejo privado, compuesto del arzobispo de Paris Morlot, del mariscal Pelissier, de Morny, Persigny, Troplong, Baroche y Fould, y además de los dos príncipes mas inmediatos. Este consejo debia funcionar como consejo de regencia, pero el aditamento de: «no habiéndose nombrado otro,» reservaba al emperador la posibilidad de nombrar siempre que le conviniera nuevo consejo en el cual no figurara el príncipe Napoleon. A fin de que esta reserva no ofendiera demasiado al príncipe le nombró al mismo tiempo miembro del consejo de ministros, con el derecho de presidirlo en ausencia del emperador.

El motivo de este arreglo fué, como ya hemos dicho, el atentado del 14 de enero, que tuvo una influencia trascendental en la política extranjera de Francia. El autor del atentado, Félix Orsini, á juzgar por todo cuanto se ha llegado á saber de él, era hombre político y moralmente muy superior á todos los conspiradores anteriores contra la vida del emperador. Habia nacido en el año 1819, y su padre habia muerto en la sublevacion de 1831. En el año 1841 entró en las sociedades secretas de Italia, por consecuencia de lo cual fué encarcelado, y recobró la libertad por efecto de la amnistía concedida por Pio IX. Despues de esto, tomó parte en una sublevacion de los Abruzos; en 1849 fué miembro de la asamblea constituyente de Roma y despues uno de los últimos defensores de Venecia, desde donde pudo salvarse huyendo á Inglaterra. Enviado por Mazzini en 1854 á Suiza con algun encargo revolucionario, estuvo cerca de ser allí preso y pasando por Turin se dirigió á Hermandstadt en Hungría, donde cayó en manos de la policía por sus relaciones con los agentes de Kossuth y fué encerrado en un fuerte de Mantua. De esta prision se evadió limando las rejas. Al bajar de su prision cayó en el foso, lastimándose de tal manera que no pudo continuar su camino; pero por la madrugada pasaron por allí unos cazadores que le sacaron y ocultaron hasta que pudieron enviarle sano y salvo á Londres. Allí trabó conocimiento con Pieri, que tenia diez años de edad mas que él y que le presentó á un refugiado francés llamado Bernard, profesor de idiomas, y á un italiano llamado Gómez. Estos hombres se unieron en octubre de 1857

y concertaron un atentado contra Napoleon, para el cual debian servir de instrumento mortífero una clase de bombas que Orsini habia visto en Bélgica. Amigos ingleses consiguieron que se construyeran estas bombas en Birmingham, en diferentes piezas, lo cual hizo posible llevarlas á Paris, á donde se dirigieron separadamente los conjurados, á quienes se habia agregado un joven italiano llamado Rudio, hijo de una familia distinguida. Reunidos otra vez en Paris establecieron el 10 de enero de 1858 en una casa de la calle de Mont-Tabor, donde fijaron para la ejecucion del atentado el 14 de enero por la noche á la entrada de la Ópera.

Media hora antes de la llegada del emperador (1) llegó en un coche de la corte el duque de Coburgo. Pieri, que le conocia de vista, gritó: «¡Es el duque de Coburgo!» para evitar que sus compañeros arrojaran sus bombas contra este coche, y esto llamó la atencion de un agente de policía que le prendió. Inmediatamente despues llegaron los emperadores y al instante se oyeron tres detonaciones una tras otra, seguidas de gritos de heridos. Los pedazos de las bombas habian herido mas ó menos á ciento cincuenta personas y habian muerto á diez. Los emperadores salieron completamente ileos, segun refiere el duque de Coburgo como testigo ocular. Otros dijeron que un trocito de vidrio arañó ligeramente á Napoleon en la nariz, y otros que un trozo le atravesó el sombrero. El emperador estaba furioso, pero su esposa se repuso del susto mas pronto, y ambos se adelantaron hácia el público en el palco. Segun la relacion del duque de Coburgo (tomo II, pág. 413), nadie se movió ni abrió la boca para saludar á los emperadores; pero segun otros relatos de testigos oculares, los soberanos recibieron una ovacion extraordinaria (2). Los emperadores permanecieron en su palco hasta el fin de la representacion, para dar así tiempo á que se ocuparan militarmente las calles desde la Opera hasta las Tullerías. Pieri se presentó varias veces en el palco imperial para dar partes, sin poder decir nada todavía respecto de los autores del atentado. El príncipe Napoleon llegó, por el contrario, muy tarde para presentar sus felicitaciones, contentándose el emperador con decirle con bastante frialdad: «Está bien, está bien,» mientras la emperatriz le volvia las espaldas. En las Tullerías no se presentaron hasta muy tarde los felicitantes, y cuando se hubieron retirado los últimos entraron el emperador y su esposa en el aposento donde dormia el príncipe imperial, á cuyo aspecto ambos lloraron. El emperador se arrojó junto á la cuna y lloró amargamente (3).

A la mañana siguiente se supo que entre los presos se hallaba un tal Gómez, que declaró con toda franqueza ser el criado de Orsini, el cual despues fué capturado en su habitacion, herido en la cara por un pedacito de vidrio. Ni él ni Pieri trataron de negar el hecho, pero negaron que existiera una conspiracion mas grande y aseguraron que no estaban mezclados en el asunto ni Mazzini, con el cual Orsini estaba reñido desde bastante tiempo, ni en general la emigracion francesa. Por otra parte, la policía tenia noticia de que las sociedades secretas meditaban una sublevacion para mediados de enero, y Morny aseguró que el gobierno se felicitó y el duque de Coburgo lo confirma de que el atentado tuviera un aspecto puramente italiano y de que el gobierno hubiese evitado entrar en mayores detalles para no sacar á luz la corrupcion del estado interior de Francia, pues que la relacion del atentado estaba fundada en datos oficiales que concordaba

(1) T. Delord, tomo II, pág. 264.

(2) Haciendo caso omiso de relaciones de franceses, citaremos un testigo ocular alemán que dijo en un periódico de Bremen del 8 de noviembre de 1888: «Parecian no tener fin las exclamaciones entusiastas de ¡viva el emperador! y ¡viva la emperatriz!»

(3) Alfredo Gatty: *Notes and Queries*, 1879, 5 de julio.

ban muy poco con la realidad (duque de Coburgo, tomo II, págs. 408 y 409). Es menester confesar que los sucesos inmediatos confirmaron lo dicho por el duque de Coburgo, tanto por la manera de instruir la causa como por el rigor que volvió á emplear la policía. Por otra parte faltan tambien datos positivos sobre la conspiracion, de suerte que es imposible sostener la existencia de una vasta conspiracion política (1).

Encargóse de la defensa de Orsini Julio Favre. Lo que le decidió al fin fué la persona del culpable, que le inspiró el deseo de hacer justicia á los motivos patrióticos que habian impulsado al asesino. En su brillante defensa, que pronunció el 25 de febrero ante el tribunal imperial, manifestó en términos clarísimos su horror contra todo acto brutal cometido fuera del terreno de la ley, y dijo: «Cuando una nacion tiene la desgracia de estar sometida al yugo de un tirano, no romperá sus cadenas el acero de un asesino. Los gobiernos caen por sus propias faltas, y Dios, que cuenta sus horas, sabe preparar catástrofes mucho mas horribles que la máquina infernal de un conspirador.» Luego siguió diciendo que por mucho que condenara el crimen de Orsini le conmovia tambien su infortunio y la perseverancia con que habia estado siempre pronto á sacrificar á su patria todo cuanto poseía, hasta la vida; que no le habian impulsado al atentado ni la codicia ni el odio, ni la ambicion; que no habia querido llegar al poder subiendo los escalones ensangrentados. «¿A quién se refiere, pues, la historia que nos ha contado el señor fiscal? Ciertamente no es la historia de Orsini. ¿Qué se propone éste? ¡Libertar á su patria! Esto es lo que proclama toda su vida, empleada en luchas incansables contra el dominio extranjero. Esta única pasion profundísima habia acallado todos los demás sentimientos de su alma.» Despues de esto pintó el orador toda la vida de Orsini y cuántas veces habia sido salvado milagrosamente de la muerte. «La Providencia no quiso que muriera. ¿Por qué? A nosotros, pobres y míopes mortales, no corresponde contestar á esta pregunta.» Añadió que el asesino confesaba sin fanfarronería y sin debilidad su culpa y sus propósitos, siempre poseido del deseo de que su sangre fuera útil á Italia; y que al borde del sepulcro habia dirigido al mismo emperador al cual habia destinado sus bombas, una carta fechada en 11 de febrero, y en cierta manera testamento suyo, para recomendarle la infortunada Italia. Al llegar á este punto leyó el orador esta carta, segun dijo previo permiso del emperador. En ella no suplicaba Orsini que se vertiera sangre francesa por la Italia, sino que no permitiera el emperador que la Alemania auxiliara al Austria en las luchas que quizás pronto comenzarian, diciendo además que mientras la Italia no fuera independient, sería una ilusion la tranquilidad de Europa y de Francia. «Libertad á mi patria, decia al final de su carta, y la bendicion de veintitres millones de ciudadanos os seguirá á la posteridad.»

Era natural que fuese condenado Orsini, tratándose de un crimen que habia costado tantas vidas, y si el autor de este crimen apeló de la sentencia fué solo con el deseo de ganar tiempo para arreglar algunos asuntos de familia. A pesar de esto estuvo inclinado Napoleon á indultarle por motivos políticos y tambien se dice que la emperatriz apoyó este deseo, creyendo que traería suerte á su hijo debiendo exten-

(1) T. Delord, tomo II, pág. 264; Senior, tomo II, pág. 166, citando á Mérimée, que dijo: «Pienso que la conspiracion fué europea... que entre sus organizadores habia mas franceses que italianos. El partido rojo en Francia estaba avisado de que á principios de febrero, el 14 ó el 15, sucedería algo,» y segun el mismo autor dijo tambien Blanchard: «En mas de treinta departamentos se habia avisado á los republicanos rojos de que el día 14 ó 15 ocurriría un gran suceso.»

derse el indulto el día del cumpleaños de éste; pero los miembros del Consejo de Estado se opusieron á recomendar al emperador este acto, no obstante los esfuerzos de Pieri (2). Sin esta recomendacion del Consejo de Estado no se creyó el emperador autorizado para conceder el indulto, y así sufrieron Orsini y Pieri en 13 de marzo la última pena en el patíbulo, mientras Rudio y Gómez fueron simplemente deportados.

La atencion que habia llamado la carta de Orsini del día 11 de febrero, creció mucho mas al conocerse una segunda carta del mismo fechada en 3 de marzo, y en la cual éste



Julio Favre (segun fotografia)

daba las gracias al emperador por haber publicado su primera carta, porque veía en ello una prueba de que sus deseos patrióticos habian encontrado eco en el corazón de Napoleon. Añadia que á la sazón sentia que, habiéndose separado lamentablemente de los principios que habia defendido siempre, hubiese organizado el atentado del 14 de enero, y que suplicaba á sus compatriotas que no contaran ya con el asesinato como un medio político, sino que trabajasen para libertar á Italia con desinterés, union y virtud. Cuando Cavour fué excitado desde Paris á publicar ambas cartas en la *Gaceta Piemontesa*, hizo notar que este acto seria un ataque directo contra el Austria, no solamente por parte del Piemonte sino tambien por parte del emperador (3). A pesar de esto insistió Napoleon en que se publicaran, y parece muy creible que encargara á Pieri que hiciese escribir á Orsini las dos cartas, en cuyo caso habria tenido un medio de detener las tentativas futuras de los patriotas italianos contra su vida, ya por la esperanza de su auxilio á la nacion italiana,

(2) Viel Castel, tomo IV, pág. 254; Jerrold, tomo IV, pág. 170; Senior, tomo II, pág. 165; Kossuth: *Memoirs of my Exile*.

(3) Véanse las cartas de Chiala.